

Valentí Puig  
Fatiga o descuido  
de España



---

VALENTÍ PUIG

Fatiga o descuido  
de España

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2015

© Valentí Puig, 2015  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: gama, sl  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Depósito legal: DL B 19530-2015  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-43-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

## Introducción

En toda sociedad abierta el diálogo se nutre de la diferencia por contraste con los silencios totalitarios. Con todos sus desentendimientos e inercias, el diálogo ha sido la médula de la vida pública española en sus mejores momentos de autocritica. Lo reintentan los personajes A. y B. en *Fatiga o descuido de España*. Comparten, difieren, fluctúan, dudan o creen. Coinciden en que la sociedad española está en una circunstancia determinante, pero al mismo tiempo ven con disparidad sus ritmos, la carencia de sentido histórico que aqueja la política, vertebraciones e invertebraciones, prioridades contrapuestas para el sentimiento o la razón, mayor o menor confianza en la posibilidad de un nueva solidez de las virtudes públicas frente al coste de la poscrisis, el narcisismo del *selfie*, la falta de competitividad o la propensión fatalista. A. y B. existen porque dialogan y dialogan porque la racionalidad les permite versiones distintas de la realidad del presente y del pasado, algo que existe y que vivimos con pasión porque todavía no se ha licuado irreversiblemente. A. y B. titubean y a la vez confían. ¿Hasta qué punto existen formas de compartir algo –un espacio, la palabra, la concordia– en el vivir de España? Más allá de las ideologías, A. y B. tantean numerosos atajos en busca del centro perdido, un centro que no es político sino de encuentro. Matizan, chocan o se reencuentran en la perplejidad. Conllevan, coinciden, pactan o no logran entenderse. Sobre todo convergen en aceptar la existencia de los argumentos del otro, el margen vital para que existan las mayorías limitadas, la alternancia política, una opinión pública articulada y ese invento tan frágil al que llamamos libertad.

---

A.- *Esta España no me duele pero me impacienta.*

B.- Recuerde que no tenemos el monopolio de la duda existencial. También dudan Francia o Italia, por ejemplo. Duda Occidente de manera cíclica. Son dudas a menudo ilusorias, porque cargan las tintas en exceso y habitualmente yerran en el diagnóstico y padecen de irrealismo en cuanto a soluciones. Defecto común en la tradición regeneracionista.

A.- *Sí, como precedente, abundan tanto los diagnósticos desacertados que uno tiene que tomar muchas precauciones antes de hablar de catarro, lepra o hemiplejía. ¿Está España muy fatigada o es que pasa simplemente por una etapa de dejadez?*

B.- Los ingenieros hablan de fatiga de materiales. Significa que los materiales sometidos a cargas dinámicas cíclicas se rompen más que bajo cargas estáticas. Nos sirve de símil para describir lo que puede estar ocurriendo en España, después de una crisis económica aguda, cuyas tensiones perduran todavía. Al llegar al extremo de la rotura por fatiga, los materiales llegan al punto de resquebrajamiento. En algún caso, se produce una fractura.

A.- *¿Estaríamos ante un caso de fatiga de materiales, con riesgo de fractura?*

B.- Tal vez sí. Pero personalmente no sé si la sociedad española ha llegado a una situación de fatiga extrema de materiales o es que está en la fase previa de su tratamiento descuidado, tal vez inepto e irresponsable, con lo que no quiero decir que ese tratamiento defectuoso de los mate-

riales con pérdida de resistencia no pudiera acabar en rotura. Ah, la España de los descuidos. Pero distingamos entre descuidados y descuideros. Hoy abundan los descuideros con máster.

A.— *Ya veo que acertar en el diagnóstico es crucial. Y como factores de una fatiga de materiales percibo la asimilación precipitada de un crecimiento económico rápido y —por supuesto— los coletazos de la crisis, el paro, la corrupción, pero también la falta de sentido histórico, la democracia fácil y providencialista, la carencia de interconexión competitiva y —last but not least— una adulteración tóxica de la gran política. El «shock» del futuro al que no estábamos por completo adaptados ya se ha convertido en el «shock» del presente todavía más desconcertante.*

B.— Más o menos. Añada el secesionismo territorial. Sea como sea, ¿cómo inyectar resistencia a los materiales? No somos una sociedad postrada, sin capacidad de reacción, pero sí nos falta una dosis especial de resistencia, de fortaleza ante la adversidad. Consideremos cómo las grandes catedrales han resistido las inclemencias de los siglos. Tenemos como referencia la entereza de las grandes arquitecturas del espíritu, construidas con la materia etérea del pensamiento, la palabra, la escala musical, la pigmentación pictórica o la bóveda.

A.— *Concretemos, ¿es que nos referimos a una crisis de identidad o a una distorsión pasajera? Desde luego, no hay indicadores ni modos de calcular la latitud moral de un país.*

B.— Francamente, creo que habría motivos para una crisis de identidad, pero no es lo que estamos viviendo. Más bien, se trata de resituarnos en una sociedad que ha cambiado hasta el vértigo, desvinculándose del pasado en común, estando en Europa sin saber muy bien cómo, con una tergiversación de valores. No es un naufragio, aunque a veces lo parezca. Quizás un estrés transitorio, combinado con —digamos— un despiste colectivo, acentuado por los

pesares de la crisis económica, la corrupción y no saber si el país se deshace.

A.— *Además, falta afán de superación, la potencia de la autoestima, porque en tiempos de prosperidad confiamos en que la democracia providencialista lo pague todo. Esas cosas pasan a ser virtuales, una suerte de videojuego que ensimisma y no conecta. Vamos a parar a un ánimo colectivo sin sedimentos, muy alterable. Ya no sé, y eso me impaciente a mí también, si es que no vemos a España como la historia de un fracaso pero tampoco estamos en la certeza de que sea la historia ininterrumpida y finalista de un éxito.*

B.— Mucha historia cansa.

A.— *Pues yo le digo que la España de hoy, si está cansada, es de vivir en el presente y sin memoria.*

B.— Grave paradoja, porque —como señaló Tocqueville— lo que nosotros llamamos hechos nuevos no son, en la mayoría de los casos, sino hechos olvidados. Pero, la verdad, yo no creo que la historia se repita. No veo ciclos. Ni creo que exista algo que hilvana los acontecimientos o los cambios de época. Todo es más heterogéneo, incluso caótico.

A.— *Glorias y desatinos, auges y declives. No creo que pueda decirse, al menos hasta anteayer, que la experiencia histórica de España sea banal.*

B.— No lo pongo en duda. Lo que ocurre es que en el mundo de hoy resulta imposible hablar de una ruta común para todos los ciudadanos de un país. Igualdad ante la ley, tolerancia, igualdad de oportunidades, seguridad, garantía de propiedad, derechos y libertades, sí, pero la heterogeneidad de destinos obliga a un minimalismo de los valores. Se hace difícil ponerse todos de acuerdo, incluso en aspectos procedimentales. Vivimos en una sociedad fragmentada por los nichos del marketing, anclada en el narcisismo o la pasividad, dividida en zonas de target, en cuotas de audiencia, con una vigencia cada vez más angosta del interés público. Somos la fugacidad de un selfie. Las solidaridades son vaporosas, a rastras de algún efecto mediático, del mismo modo que los cuerpos intermedios que eran

propios de una sociedad madura se han ido eclipsando, sumando la desagregación a una pérdida de energía de las clases medias, aunque sigan siendo el zócalo de toda democracia, y de toda dinámica económica. ¿Fatiga o descuido? No es paradójico que sin causas comunes, sin formas de ilusión compartida, sin ambición política y vitalidad intelectual, las sociedades se aburran más que nunca. Cuanto más ocio, más tedio.

A.— *Muchas de estas patologías provienen de la desmemoria. No saber de dónde venimos no nos permite agradecer hasta dónde hemos llegado. No sería saludable para los españoles perder más memoria aunque supongamos que vivimos en una sociedad postransición y posideológica.*

B.— Y no deje de tener en cuenta que, al menos en apariencia, somos una identidad indeterminada. A un lado del río, hay quien practica la elegía; al otro lado, el olvido.

A.— *Desde luego, para bien o para mal, poca épica. Por eso el papel de la Corona es parte central de esa memoria, el vínculo que, en una nación de ciudadanos, amalgama pasado, presente y futuro.*

B.— De todos modos, no exijamos lo que no puede ser. A diferencia de aquellos países en los que tampoco hay mucha ilusión política, pero que viven con la confianza de saberse bien administrados, los españoles no creen vivir en una sociedad correctamente administrada.

A.— *Demoras, falta de transparencia y, sobre todo, corrupción.*

B.— De acuerdo. Aun así, no todo es un desastre. En absoluto. No faltan disfunciones institucionales —justicia lenta y enmarañada, partidos ensimismados y sin control, por ejemplo—, pero deducir de eso la fatiga estructural de todas las instituciones públicas quizá sea un exceso impresionista, porque algunas cosas —no pocas— funcionan en España.

A.— *En el estadio actual, la percepción es que todo —instituciones, moral pública, la España vertebrada— funciona peor que antes o incluso peor que nunca. O, en fin, que nada funciona.*



B.— Sea fatiga o descuido, un antídoto es la memoria constructiva, pero a saber cómo podríamos invocarla de forma convincente.

A.— *De ahí que esos extraños seres que se autodefinen como politólogos distinguen, por una vez acertadamente, entre lo que es una crisis «en el» sistema político —es decir, una anomalía rectificable por el propio sistema— y lo que es una crisis «del» sistema, algo que requiere de altas dosis de cirugía. No vayamos a confundir ambas cosas.*

B.— Para un país no es saludable hacer política o anti-política enfocada a resolver una crisis «del» sistema cuando en realidad es una crisis «en» el sistema. Dicho de otro modo: no es lo mismo que haya elementos de corrupción, incluso con escenografía de metástasis nefasta, que diagnosticar que España sea un país en el que sólo sale adelante la corrupción. Entre ambos síndromes hay toda una gama de matices y también de coincidencias.

A.— *Montesquieu hablaba de la virtud como principio fundacional del gobierno y de la vida pública. Era la virtud, pero no referida a una cualidad moral de los individuos, sino al respeto de las leyes, porque «cada ciudadano debe tener con el bien público un celo sin límites».*

B.— Pero yo no veo cómo encajar las virtudes públicas en el presente estado de ánimo. Vamos más allá de la fase de identidades que fluctúan. Tal vez estemos ya en la sin-identidad. El yo, narcisista; la familia, un parador de carretera; la vida urbana es desagregación e impunidad; el pluralismo retrocede ante el multiculturalismo; la nación, un despojo; toda comunidad una inconveniencia.

A.— *Sin historia compartida no hay identidad colectiva, rasgos que supongamos de naturaleza perenne o simplemente consensuada.*

B.— Pero, en todo caso, ¿de qué virtudes públicas estaríamos hablando?

A.— *En general, ¿quién lo sabe? Aun así, para decir la verdad, existe un pensar sobre estas cosas. Algunos pensadores de hoy insisten en que no hay que poner la política y*

*la religión en compartimientos estancos: de otro modo, la política genera su propio desencanto al carecer de eco moral. Aparecen los fundamentalismos y los relativismos, todo a la una.*

B.— Mire, lo considero más inmediato. Esa misma forma de pensar nos dice que con un concepto político que no aborde la dimensión moral de la cosa pública, ya sólo prestaremos atención —personal y mediática— a los vicios privados de los personajes, del famoseo. En esta fase estamos.

A.— *Por suerte, esto no es un curso de teoría política.*

B.— Yo sugiero un relanzamiento nada sofisticado ni abstracto de elementos morales como la virtud pública. Hablo de responsabilidad, sentido del deber, ética del trabajo, esfuerzo por la excelencia, respeto y tolerancia salvo con la intolerancia, reflexionar antes de actuar, una idea del bien común, lealtad con la norma. Hacer las cosas bien, afán de verdad, gratitud con las generaciones que nos precedieron. Llámeme cándido si quiere, pero de otra forma la desconfianza actual no es reversible. Y llámeme egoísta económico si añado que con valores compartidos no sólo se convive mejor: se mejora también en competitividad.

A.— *Por darle la razón, añado un complemento de las virtudes cívicas: pensar mejor y opinar menos.*

B.— Me parece acertado. Digamos que ese es el espacio deliberativo. Queda siempre un sentimiento de pertenencia. Pero sí, puede ser dual, puede ser heredado o de opción. Pueden ser identidades compartidas o incluso imaginarias.

A.— *Es más enrevesado. Yo le veo tres problemas: la destrucción de la memoria, la desvinculación, y las inseguridades que generan la globalización, Bruselas o la inmigración. Son presuntas amenazas que han alterado no pocos votos en la vieja Europa. Existen sectores de nuestras poblaciones que tienen miedo. Y buscan cobijo masivo en partidos de derecha dura o de la nueva izquierda de la izquierda. Son las secuelas de la inseguridad y la desconfianza.*

B.— Para no andarnos por las ramas, ¿quedan virtudes cívicas?

A.— *Bueno, por ahora queda lo que quede de las virtudes cívicas.*

B.— No se me ponga tan relativista. Acabaríamos en el autoengaño fatalista.

A.— *Hay de todo, cierto. Llama la atención que quienes más hablan de España como de un país bananero son los periodistas de tono y formación, sí, más bananera.*

B.— De acuerdo. Mire, yo propondría que cada vez que alguien dice que España es un país bananero explique bien por qué. Quien lo dice seguramente no sabe ni lo que es un país bananero, ni una democracia avanzada o una sociedad meritocrática. Comprendo que lo diga quien está sin trabajo, padece un laberinto judicial o sufre las listas de espera de la Seguridad Social, pero no que lo digan periodistas sin idea de nada, tipos que ni tan siquiera saben escribir, universitarios que consiguieron su título en una tómbola.

A.— *Ya que nos ponemos estupendos, me parecen más de fiar aquellos arbitristas del siglo xvii que, con sus gruesos manuscritos bajo el brazo, pretendían ofrecer al monarca absoluto soluciones para todo. Hoy consultores políticos, estrategias electorales y augures demoscópicos no están para ofrecer soluciones a los males de la patria sino para sostener en el poder al partido de turno. El arbitrista analizaba, proponía y también desvariaba. Esperaba con impaciencia a las puertas de palacio. Su pasión era solventarlo todo, aun con soluciones imposibles de llevar a la práctica. Pero no es menos cierto que algunos arbitristas sensatos lograron influir en las políticas de verdad. Reflexionaban y escribían sobre el comercio, la fiscalidad, el regadío o la usura.*

B.— Bueno, tenían memoria. No es poco. Dígame, ¿cuáles son los stocks actuales de memoria colectiva? Y como presente, ¿cuáles son los iconos actuales de España? Como lastre, las colas del paro, la corrupción. Además, los iconos populares de otros tiempos, como Isabel Pantoja, también

han ido a la cárcel. Ese espejo retrovisor lo deforma todo. La televisión ya quemó a Belén Esteban después de convertirla en estrella de la tele-realidad cutre. Pasamos después por el pequeño Nicolás. Suma y sigue.

A.— *Un elemento optimista es que la destacada cualificación del deporte en España impulsa a momentos de ilusión colectiva, pero es muy fugaz.*

B.— Ahí están los ases, los equipos gloriosos, los podios, sí, pero no olvide que en los orígenes de casi todo problema de la comunidad hay una cuestión moral. Por eso relativizar es una forma de autodestrucción.

A.— *Confíe más en las nuevas generaciones. Acabarán logrando nuevos perfiles, otros estilos, quizá renueven fidelidades.*

B.— Por la misma razón, insisto, es muy improbable que sin virtud pública perduren la libertad y la confianza. También hay que tener en cuenta que es el carácter moral lo que perfila nuestra individualidad. Obramos a menudo por interés, pero somos un carácter, un carácter moral.

A.— *Al final, ¿es eso una debilitación grave de la voluntad? ¿Es España ahora mismo un país bloqueado, como tantos otros miembros de la Unión Europea? ¿Cómo distinguir entre los árboles y el bosque?*

B.— Se lo pregunto de otro modo, ¿es fatiga profunda o desorientación transitoria?

A.— *Lo que hay que considerar es si estamos en una sintomatología poscrisis o ante una inercia mucho más grave. En breve tendremos que saber si es un caso de estrés sistémico, un mal que aqueja a la voluntad colectiva: es decir, una postergación del querer ser algo. Al analizar los mitos de la crisis de 1898, los historiadores perciben que aquel ensimismamiento no fue tan denso como se suponía hasta hace poco. Lo que sí hubo fue incoherencia, intelectual y política, un diagnóstico desacertado por parte de las élites.*

B.— Bueno, la crisis de 2008 no fue de la envergadura histórica del 98. Al fin y al cabo, aquello fue el finiquito de un imperio.

A.— *Cierto, pero eso no nos ha evitado indicios de fatalismo, de un ensimismamiento paliado por el escapismo del famoseo y el todo a un euro. La poscrisis es una tierra de nadie. Hubo irresponsabilidad por parte de todos, endeudamiento, destrucción de ahorro, desconexión, pérdida de valores comunes, mucha desconfianza. Sume a eso la corrupción política y no extraña un cierto fatalismo del estancamiento y la impresión de que el trabajo será algo inseguro hasta quién sabe cuándo. Dejemos de lado ya los errores del zapaterismo. Estamos en otra fase. Aquello fue un paréntesis. Digamos que fue política pésima. Y ahora, ¿estamos ante un declive o un tropiezo?*

B.— *¿Existe entonces una impotencia de la libertad?*

A.— *No tengo respuesta. Lo que sé es que hay instituciones de calidad e instituciones de inconsistencia. Nuestro Estado existe como garante de la ley, es decir, de la libertad.*

B.— *Es curioso. Las crisis de España han coincidido a menudo con crisis europeas. Y ahí hay algo que me deja perplejo. En cada momento en que Europa pasa por grandes convulsiones su repercusión en España es considerada como una tragedia exclusiva, como un monopolio del fracaso, hasta el punto de que algunos historiadores lo diagnostican como un complejo de inferioridad.*

A.— *De verdad, algunos días uno se levanta y ve un panorama gris, fatídico, irresoluble. Ve un sistema educativo sin energías, una lengua sin grandes poemas, una televisión para enanos, partidos políticos caducos, política de la mala, un AVE mal trazado, desgana en el trabajo, falta de competitividad, ambiciones obscenas, territorios centrífugos, una economía de hoy para mañana, demasiada política sin ideas, empresarios que no emprenden. Ve más años irresponsables por delante, mucha más frivolidad intelectual, demasiados triunfos de la apariencia, una moral pública de usar y tirar, un país sin norte, una vida pública encenagada, abundancia de políticos desvergonzados. Una sociedad desleal consigo misma, de narcisismo en chándal,*

*una cultura de series de vampiros, la negación del pasado, la desconsideración del futuro colectivo. Un crecimiento que no dejó poso ni ahorro, una crisis sin lección. Un país que, por promedio, lee poco. Justicia lenta, administración pública desencajada, sociedad superficial. Aeropuertos sin viajeros, universidades sin universalidad, escritores que no escriben. Vida pública «botox».*

B.— No se lo niego. En ocasiones uno cree vivir en un país sonámbulo. Pero a veces despiertas a la mañana y ves una patria, por imperfecta que sea, de gentes libres, nobles, de pueblo honrado. Un país imaginativo y laborioso, como denotan muchas readaptaciones a la crisis, sin senesquismo, activas, solventes. Juveniles. El *start-up*. Pensar que España es un país que se está desorganizando pasa entonces a ser una impresión pasajera porque cuentan más las consistencias.

A.— *¿Qué consistencias? ¿Y si fuese en parte que éramos débiles y que la crisis nos ha hecho más frágiles? Eso hace que nos veamos sin consistencia colectiva. Un sistema invertebrado, por paradójico que sea aunar sistema e invertebración.*

B.— Es curioso que, cuantas más formas tenemos de preservar la memoria, en inmensos arsenales del conocimiento, ahora en la nube informática, con tanto Big Data, menos respeto tengamos por la memoria. En unos días, todo —desastres, atentados, apogeos y abdicaciones— se olvida.

A.— *Es peor. En un instante lo que acabamos de vivir se hace obsoleto. Lo hacemos obsoleto.*

B.— Bueno, en apariencia, una crisis económica, habitualmente inesperada, deja el país como un parque temático con pocos vestigios humanos, como al paso de migraciones, epidemias o por el impacto de la bomba de neutrones. Todo parece abandonado por el pánico de los súbditos que pierden la tutela del viejo emperador entre santuarios sin alma, minarettes, estadios desahuciados, aeropuertos sin aviones, ágoras sin voces, obeliscos y tumbas de héroes, piscinas sin

agua, esfinges y mastabas. Así asoman los diagnósticos de declive.

A.— *No lo digo con ironía. Sospecho que todo país que se respete tiene una tradición de estudiosos de sus vicios y declives. España es una de las naciones más prolíficas, en casi todas sus épocas, a la hora de practicar la inmersión en la declinología. Solía llamarse «el problema de España».*

B.— Si ahora volviéramos a aquella añeja neurosis, ¿qué duración hemos de suponerle a esta fatiga, o a ese decaer?

A.— *En el mejor de los casos, posiblemente el tiempo que tarde la vieja política en asumir elementos de nueva política, nuevos rostros, eficacia de gobierno, otro lenguaje, transparencia, ósmosis generacional.*

B.— Y menos corrupción. Tolerancia cero con la corrupción. Ejemplaridad institucional, dignificación quirúrgica del hacer política.

A.— *¿Y si lo que nos pasa tal vez no alcance la consideración de malestar, en un sentido clínico, pero sí tiene algo que ver con la constitución nerviosa de España, su capacidad intermitente de reaccionar y de objetivar respuestas, de orquestar acciones colectivas?*

B.— Le veo venir. O sea, dicho crudamente, ¿nos importa lo que somos? Pero es que la pasividad y la desorientación colectivas pueden ser, en todo caso, un malestar temporal y no un atolladero metafísico. Aun así, su detección es de urgencia porque afecta directamente a una incógnita crucial: ¿tenemos los españoles sentido del bien común?

A.— *Creo que se dan dos preguntas previas. ¿Está España razonablemente bien administrada? Y si fuera así, ¿lo saben los ciudadanos?*

B.— Pues para mí la cuestión central es si España está cansada. No cansada ahora por un exceso de historia, sino por falta de sentido de la historia. Deliberadamente faltos de sentido de la historia, entre desconexiones y fragmentos, ¿sobrevivimos con poca o demasiada historia?